

El Cura de Barrancón



«...son muchos los vecinos que sostienen que en noches de luna clara el cura atraviesa el pueblo camino al río cantando y rezando salves...»

LUIS MENDOZA SILVA

*Poeta y cronista oficial del municipio San Genaro de Boconoíto,
quien nos acompañó a recoger testimonios de la gente del pueblo*

Boconoíto es un pueblo como todos los pueblos de la provincia venezolana que tienen ese tipo de existencia relacionada con algo de magia, por supuesto que hay todo un tejido, toda una urdimbre de cuentos y de leyendas que van a conformar en cada uno de esos conglomerados eso que se llama idiosincrasia, autenticidad, razón de ser de cada pueblo, como le queramos decir. Entonces aquí en Boconoíto es muy conocida dentro de esas leyendas populares que viven en la voz del pueblo la historia del Cura de Barrancón y la Leyenda del Guarurero.

San Genaro de Boconoíto fue fundado en 1763 en el majestuoso valle de Boconó, tierra de la Virgen de Coromoto, por el misionero capuchino fray Jerónimo de Gibraltar, bajo el visto bueno de los alcaldes de Guanare: Francisco de Velasco y Pedro Pérez Volcán. Fue un pueblo de indios; es decir, fundado con un grupo de indígenas, entre ellos otamacos y guaranaos que andaban dispersos por la jurisdicción de Guanare. Después se unieron algunos mulatos que eran hijos de blancos con negros o zambos, que a su vez eran hijos de negros con indios. También vinieron algunos españoles conscientes de que el trabajo en esta tierra era muy fuerte, y también muy productivo.

Su primer cura fue fray Hermenegildo de Cádiz, quien sirvió de guía espiritual a esta población hasta el momento de su muerte, ocurrida en 1770. Este abnegado vicario de la Iglesia católica fue sustituido por fray Andrés de Graza lema.

En este pueblo también se tejen leyendas de aparecidos que desandan por trochas y caminos con los cabellos revueltos, los ojos perdidos y los dientes al viento. Allí nace la leyenda del Cura de Barrancón.

La historia oral nos cuenta que la primera iglesia católica de Boconoíto estaba ubicada a orillas del camino real de Barrancón, sector que también se distingue con el nombre de Pueblo Viejo porque se supone que ese fue el primer asiento del pueblo. Según antiguos pobladores se supo que cerca de la iglesia había un frondoso samán de cuyas ramas colgaban las campanas que con sus voces de bronce, serias, armoniosas, llamaban a los feligreses cada vez que aquellos primeros frailes iban a officiar sus misas.

En tiempos remotos, a esa humilde iglesia de caña brava y palma, piso de tierra y puertas de madera labradas artesanalmente por los propios vecinos, llegó un cura muy extraño. Este personaje, un hombre blanco de unos dos metros de estatura y mirada huidiza, medio oculta en los pequeños anteojos de carey, fue uno de los primeros curas que officieron misa en Boconoíto. Era de lo más extravagante: vestía un traje morado, siempre llevaba una manta negra doblada en su brazo izquierdo y en la mano derecha nunca le faltaba el bastón de madera pulida con empuñadura de oro. Su melena y una chiva larga, en tiempos en que los curas no usaban barba, lo hacían parecer a ese Jesucristo de la foto que todos conocemos. Amaba la soledad y rendía culto al silencio. Nadie supo nunca de dónde llegó ni su nombre de pila, pues era huraño y poco conversador. Todos le decían «Padre». Tampoco se sabía de qué se alimentaba, pues pocas veces salía de la iglesia. Los niños salían a su encuentro para caminar con él por solo poder contemplar la apariencia de aquel señor tan raro, tan distinguido y pulcramente vestido.

A pesar de su aire indiferente, el pueblo lo quería y respetaba como si se tratara de un verdadero enviado de Dios. La frase que pronunciaba en cada evangelio: «Debemos salvar al hombre de la maldad del hombre», era siempre recordada por sus feligreses. De la misma manera como llegó, sin anunciarse, de la misma manera desapareció. Rompieron la puerta de la casita donde celebraba la misa y vivía y no consiguieron nada. Nadie más volvió a verlo por las orillas del río ni por los caminos del poblado, pero mucho tiempo después unos pescadores que iban al río, camino de Flor Amarillo, consiguieron su cuerpo disecado, colgado de un pequeño árbol. Supuestamente se había suicidado, se había ahorcado, y lo más raro e insólito de esta leyenda es que lo había hecho con su propio rosario. Otra versión dice que realizó la macabra acción no en la soledad de la llanura, sino dentro del sagrado recinto de la pequeña iglesia.

Generación tras generación, son muchos los vecinos que sostienen que en noches de luna clara el cura atraviesa el pueblo camino al río cantando y rezando salves, y que en la vía de Barrancón cualquier día o cualquier noche cuando la luna está clarita, ven al cura barbado, vestido de morado, con su manta al aire, su bastón y su melena. Alguien que contaba esta historia con gran pasión y seguridad, porque lo vio de cerca, fue doña Ramona Urquiola, quien hace poco falleció. Ella decía que fue testigo muchas veces del paso del Cura de Barrancón hacia las orillas del río, que lo veían cuan alto era, con su traje de nazareno, su barba larga encanecida, su manta rasgando el viento nocturno y su bastón resonando en la tierra seca de Boconoíto.

FLORENTINO RÍOS

80 años

Aquí hubo un cura que se ahorcó en la primera iglesia que quedaba en Barrancón y allí a las campanas le decían las campanas del urero, que era un samán donde ellas estaban colgadas. Dicen que ese cura salía mucho en tiempos pasados, pero yo creo que los espantos son supersticiones que la gente cree. La señora Genara, madre de Alberto Pereira, un hombre muy querido aquí en Boconoíto, se ahorcó, y a ella y que la escuchaban que rodaba las sille-tas adentro de la casa. La gente de ese tiempo decía que diciéndole que se fuera para el infierno dejaba de hacer ruidos, porque a los que se matan no se les debe decir que Dios lo perdone.

Aquí antes toda esta tierra era libre..., era del pueblo... El Corozo, La Sabana... Aquí donde se fundó Boconoíto y un sacerdote se llevó las escrituras para Barquisimeto. Entonces llegó un señor llamado Jacinto Adames y le dijo al pueblo que él iba a hacer las averiguaciones, y en los archivos de Barquisimeto, por ahí las halló; pero ya un señor llamado Fausto Sánchez, papá de Félix Sánchez, había comprado media legua; pero después vendió casi una legua, desde Baronero hasta Cascajal. Desde ese tiempo empezaron a cobrar piso. Después se dijo que esas escrituras no valían porque eran muy viejas y el Concejo Municipal se hizo cargo del terreno y comenzó a parcelar y nació Boconoíto. Es decir, se agrandó, porque ya Boconoíto eran unas casitas muy poquitas..., todas regadas. Esto por aquí era monte.

